

un acto continuo amaba siempre actualmente á Dios (1). ¡ Ah! ¡ qué hermosura, qué cosa tan admirable era ver la tierna infantita arrodillada y entregada á la contemplacion y la oracion, con el fervor que pudiera hacerlo un encanecido anacoreta! A mí me parece oirla esclamar con la esposa de los cantares: «Yo soy para mi amado y mi amado es para mí.» El verse en estado de pobreza no ignorando lo ilustre de su nacimiento, lejos de afligirla, ni aun siquiera paraba en ello su imaginacion. ¡ Ah! que yo la considero siendo ya madre y teniendo entre sus brazos al fruto bendito de su vientre, en quien veía á su hijo y á su Dios. ¡ Cuáles serian sus afectos cariñosos! ¡ Cuáles las tiernas espresiones que le dirigiria! Gloriense en buen hora los monarcas de la tierra, al verse rodeados de vasallos que les dan pruebas continuas de amor y de respeto. Llénense de júbilo los poderosos del mundo al verse dueños de inmensos bienes y halagados por la fortuna. Enorgullézcanse los conquistadores y ciñan su frente con laureles. María se cuenta la criatura mas feliz del mundo, con solo tener en sus brazos al que enamora su alma: no quiere, no desea, no anhela otra cosa que poseer á su Dios, porque su Dios es el solo objeto de su amor firme y constante. El fijar el corazon en las cosas terrenas, el dar posesion de su mayor cariño á ídolos formados por el capricho, quédese en buen hora para esos mundanos que engañados por las teorías de un filosofismo corruptor no descubren á través de los tupidos velos de la fé la hermosura, la bondad de un Dios que si bien no nos prohíbe que amemos los objetos dignos de nuestro

(1) Tamen ipsa gloriosissima Virgo de privilegio singulari continue et semper Deum amabat actualiter. Part. 2, Serm. 4, de Nat. Virg.

amor, y que por el contrario nos manda espresamente amar á nuestros prójimos, aun hasta aquellos que son nuestros enemigos y nos persiguen, quiere que este sea un amor secundario, amándole á él sobre todas y antes de todas las cosas. Nosotros comprendemos que Dios exige la preferencia y que no cede en este punto.

Pero yo os pregunto, cristianos, ¿ vosotros creéis que amais á Dios porque creéis en él, porque admirais la perfeccion de sus atributos? ¿ Qué direis de un hijo que protesta por todas partes que ama á su padre, que no es capaz de hablar mal de él, pero que sin embargo hace todo lo contrario de aquello que le ordena, pisa sus mandatos y se revela contra su autoridad paterna? ¿ Creéis que serán verdaderas las protestas de su amor? Ciertamente que no. Pues ved exactamente el retrato de muchos cristianos que creen ellos mismos amar de corazon á Dios, que se horrorizan de oír blasfemar su santo nombre, y que sin embargo menosprecian sus leyes y preceptos, practicando todo cuanto él nos prohíbe, dejando de hacer cuanto él nos manda. Atended, señores al precepto; no nos manda tan solamente que le amemos, sino que este amor sea cordial, con toda nuestra alma, con todas nuestras fuerzas. Amais á aquellos con quien os ligan los vínculos de la sangre: haced un cotejo entre este amor y el que profesais á vuestro Dios, y si es superior este, entonces le amarais con todo vuestro corazon. Os ofrecen un puesto elevado, una alta posicion, empero para llegar á ella habeis de cometer un crimen, una transgresion de la divina ley, fijais vuestros ojos en Dios y á trueque de no ofenderle despreciáis cuanto os ofrecian, en este caso amareis á Dios con toda vuestra alma. El enemigo de nuestra salvacion os deslumbra poniendo

ante vuestra vista deidades que os arrebatan vuestra atención, quiere seduciros acercando á vuestros lábios la dorada copa del deleite; si en el momento en que es mas fuerte la tentación vosotros os postráis ante la divina presencia suplicándole su gracia, y ayudados con ella venceis y triunfais de la tentación, en este caso habreis amado al Señor con todas vuestras fuerzas. ¿Ama, pues, á Dios el jóven sensual que corriendo en busca de los placeres y pasando una vida disoluta, se contenta si lo hace con oír sin atención una misa en dia festivo? ¿Ama á Dios con todo su corazón aquella mujer casada, que mostrando una hipócrita ó fingida honradez, mancha sin pudor y sin vergüenza el lecho nupcial? ¿Y aquel que á pesar de frecuentar los templos y estar en ellos con el rosario en la mano, forma su caudal con la sangre de los pobres valiéndose de la usura? ¿Y aquellos que huyendo de los lazos del matrimonio viven en pecado y comercio carnal con toda tranquilidad? ¿Y aquellos padres que olvidando sus deberes paternales enseñan á sus hijos á ser como ellos, avaros, soberbios, vengativos, lascivos y escandalosos? ¿Y aquellos hijos que lejos de socorrer á sus padres en sus necesidades, disipan sus bienes en asquerosos vicios, gozándose en la aflicción del autor de su vida? ¿Y aquel... ¡Mas ay! Yo no concluiría nunca si fuese describiendo uno por uno los vicios generalizados en la sociedad, y entre muchos por desgracia que se tienen por temerosos de Dios. A todos estos los llamaré hipócritas y embusteros, hombres que no aman á Dios, personas que quieren hacernos creer lo contrario. No lo dudeis, hermanos míos; si en esa lucha que sosteneis continuamente de la carne contra el espíritu, si en ese querer y no

querer que os hace vacilar os faltan por lo regular las fuerzas, y sois fáciles á las transgresiones de vuestra ley, no os hagais la ilusión de que amais á vuestro Dios del modo que os exige y que os manda la Iglesia, momentos antes de derramar sobre vuestras cabezas el agua santa de la regeneración.

Vosotros que deseais arreglar vuestra conducta en adelante, fijad la vista en esa imágen de la Santísima Virgen, y al contemplar su caridad, su heróico amor, tal vez me direis, ¿por qué nos poneis por modelo á esta soberana Emperatriz de todos los serafines? ¿Podemos amar como ella? ¿Podemos conseguir como ella un triunfo tan heróico de nosotros mismos, no estando dotados de tanta gracia? Hay, hermanos míos, una caridad mas ó menos viva, mas ó menos heróica. Si no se os ha dado tanto como se le dió á María, tampoco se os exigirá tanto. Al que se le dió cinco talentos y presentó otros cinco, se le llamó siervo fiel y prudente, y lo mismo al que solo presentó dos adquiridos sobre otros dos que habia recibido, pero el que recibió uno y le escondió y no le sirvió de nada, fué reprobado (1). Quieroos decir con esto, que si no sois tan heróicos como María en vuestra caridad, tampoco se os exigirá mas que con arreglo á las gracias que habeis recibido. No la podeis igualar, ¿pero no podeis imitarla? ¿No os será fácil tomar sus lecciones? María perdió á su hijo cuando este tenia doce años de edad. ¿Quién podrá pintar el desconuelo de esta Virgen Purísima al verse ausente de aquel que era su Hijo, su Padre, su Esposo, su Dios? Jesús, á quien amaba con toda la vehemencia

(1) Math. cap. XXV.

con que puede amar el corazón, era su norte, su guía, y así como el mas diestro piloto no puede tomar rumbo faltándole la brújula, así María no podía existir faltándola su estrella de norte, su guía en el borrascoso mar de este mundo. Por eso le busca inconsolable, pregunta por todas partes y no cesa hasta dar con él en el templo al cabo de tres días. María le perdió por disposiciones secretas de la Providencia: nosotros le perdemos continuamente por el pecado, y si nuestra miseria y esa propension funesta de nuestra humana naturaleza nos hace estraviarnos y nos quita de nuestra vista á nuestro Dios, ¿no podemos arrepentidos correr presurosos como María, preguntar por todas partes, clamar sin cesar, llamar á las puertas de los Santos Sacramentos y no cesar hasta encontrarle? No me negareis que esto está en nuestra mano y que nos es fácil el practicarle. Pero ¿qué sucede? Que el cristiano bien avenido en su soledad, ó perdida la amistad y la permanencia en él de su Dios, y lejos de reconciliarse en las cristalinas aguas de la penitencia, medio cierto de volver á su antiguo estado, va añadiendo eslabon á eslabon á la cadena de su infortunio, y caminando de precipicio en precipicio, va á dar en su perdicion sin fin.

Oid la doctrina de Jesucristo: si me amais, nos dice por el evangelista San Juan, observad mis mandamientos: *Si diligitis me, mandata mea servate* (1). En tanto será verdadero y cordial el amor que me profesais en cuanto seais observadores de los preceptos que os he impuesto. ¡Ay desgraciados de los que caminen errados en punto tan esencial para la salvacion! ¡Ay

(1) Joan. cap. XIV, v. 14.

del que juzgue ligera la ofensa de Dios, ó califique de pasatiempo el pecado! ¡Ay de aquel que se proponga unir en sí dos extremos tan distantes como el amor de Dios y el amor del mundo! No se puede servir á dos señores, ó dejais el amor de Dios y servís al mundo, ó abandonais el amor del mundo y servís á Dios; y ya que os veo inclinados á seguir el camino á que os llana la luz de la razon y el precepto de la religion, quiera el Señor concederos á todos su divina gracia, á fin de que vuestro amor, vuestra caridad, sea una copia del modelo que habeis contemplado en la Santísima Vírgen nuestra Madre y nuestra maestra; quiera el Señor que vosotros os decidais á dar de mano á los placeres del mundo, ó volver las espaldas á todo cuanto halagar pueda vuestros sentidos, y que reinando en vuestros corazones el amor de Dios, os sacrifiqueis en aras de vuestra caridad. Entonces sereis aceptables al Señor; entonces os hareis dignos de sus gracias y favores, y esa Vírgen Purísima, esa Madre de misericordia, ejemplar perfectísimo de caridad, aceptará vuestra devocion, os amará entrañablemente, velará por vosotros, será el conducto por donde se presenten vuestras súplicas ante el divino acatamiento, y con proteccion, ¿temereis acaso á vuestros enemigos? Os pondrá asechanzas el tentador maligno, ¿pero caereis en sus redes, protegiéndoos María? Se revelará vuestra carne contra vuestro espíritu, ¿pero María que impetrará gracias á vuestro favor, no os libertará y sacará triunfantes? Os rodeará la tribulacion, la angustia; os mortificará la enfermedad, ¿pero María no será para vosotros un bálsamo de consuelo? Llegará por fin aquella hora terrible en que tengais que experimentar la separacion de vuestra alma y vuestro

cuerpo: en aquellos momentos las tentaciones serán mas terribles; el demonio por perderos os presentará delante de la vista los bienes que dejais, los placeres del mundo que ya no podreis disfrutar, os querrá reducir á la desesperacion ó á la falta de confianza. Pero vosotros que os habreis fortalecido con los Santos Sacramentos ¿no tendreis á vuestro lado á María, que os consolará, rogará por vosotros, os librará de las sugestiones del enemigo, rogará á su Hijo por vosotros y en sus brazos conducirá vuestras almas al Empíreo? Sí, hermanos de mi corazon, así será, toda vez que vuestra caridad sea tan firme como la de San Pablo, que aseguraba que nada sería capaz de separarle del amor de Dios, ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes, ni cosas presentes ni futuras (1). ¡Oh, cuán grande será nuestra felicidad si así lo hacemos! ¡qué suerte mas envidiable la nuestra si practicamos la caridad al modo que nos advierte el Apóstol! Apártese, pues, de nuestra vista todo cuanto ofrecernos pueda el mundo. Su pintoresca decoracion no nos ilusiona ni arrebatá nuestra imaginacion, y todos sus encantos, sus atractivos, sus bienes, sus grandezas, sus honores lo miramos ya con desprecio, cual otro Pablo, con tal de ganar y poseer á Jesucristo (2). En vano esas ideas y doctrinas que hijas del filosofismo del siglo pululan por la sociedad, se empeñarán en arrebatar nos nuestras creencias, nuestra caridad en orden á Dios, porque á él solo amaremos en adelante, á él solo entregaremos nuestro corazon, porque convenci los que á ello nos estimulan la misma naturaleza, la razon y la religion nos pro-

(1) Ad. Rom. cap. VIII. v. 38.  
 (2) Ad. Philip. cap. III. v. 8.

ponemos cumplir este precepto, base y fundamento de todos los demas con toda la perfeccion que nos sea posible.

Dios amorosísimo que tantas veces habeis tocado á las puertas de nuestro corazon, sin que nosotros os hayamos contestado: dispuestos estamos desde este momento á entregarnos todo á Vos: no nos negueis los auxilios de vuestra gracia, de esa gracia que perdona, de esa gracia que santifica y que sostiene y da vigor á nuestros buenos propósitos ¡quién siempre os hubiera amado! ¡quién nunca se hubiese apartado de Vos por el pecado! Haced, pues, oh Dios de amor, y os lo suplicamos por la intercesion de esa Vírgen purísima, de esa reina de la caridad, vuestra Madre y nuestra, que aumentándose de dia en dia nuestra caridad y resplandeciendo en nosotros todas las virtudes, nuestra vida cristiana sea el preludio de esa vida eterna y feliz que nos teneis preparada.

Y vos, Vírgen Santísima, no dejéis de apoyar nuestras peticiones, rogad por nosotros á fin de que siendo imitadores de vuestras virtudes en la tierra, y muriendo con una muerte que sea preciosa á los ojos de Dios, logremos el fin de nuestras aspiraciones que es la posesion de la Bienaventuranza de la gloria. Amen.